

SOCIOLOGÍA FUNDAMENTAL

por

Norbert Elias

gedisa

INTRODUCCIÓN

Si se quiere entender de qué trata la sociología hay que ponerse previamente en situación de interpelarse mentalmente a sí mismo y de hacerse cargo de uno como una persona entre otras. La sociología se ocupa de los problemas de la «sociedad» y no cabe duda de que todo aquel que reflexione acerca de la sociedad y la estudie forma parte de ella. Pero con mucha frecuencia en la reflexión sobre uno mismo se suele permanecer en un estadio en el que se es consciente de uno sólo como alguien situado frente a otros entendidos como «objetos». A menudo se siente que nos separa de ellas un abismo insalvable. La percepción de una separación de este género, propia de esta fase del proceso de autoconsciencia, encuentra su expresión en muchas conceptualizaciones y muchos giros lingüísticos que contribuyen a hacer de ella algo completamente obvio y a reproducirla y reforzarla sin tregua. Así, por ejemplo, se habla de la persona y su medio, del niño y su familia, del individuo y la sociedad, del sujeto y los objetos sin apercibirse siempre de que la persona forma parte también de su «medio», el niño de su familia, el individuo de la sociedad, el sujeto de los objetos. Si se analiza más de cerca se comprueba, por ejemplo, que el llamado «medio» de un niño está constituido en primer término por otras personas, como el padre, la madre y sus hermanos. Lo que conceptualmente establecemos como la «familia», no sería tal «familia» sin los hijos. La sociedad, que con tanta frecuencia se opone mentalmente al «individuo», está integrada totalmente por individuos y uno de esos individuos es uno mismo. Pero nuestro lenguaje y nuestros conceptos están configurados en

gran medida como si todo lo que queda fuera de la persona individual tuviese carácter de «objetos» y además, como suele pensarse, carácter de objetos estáticos. Conceptos como «familia» o «escuela» se refieren evidentemente a conjuntos de personas. Pero el tipo habitual de nuestras configuraciones terminológicas y conceptuales las hace aparecer como si se tratase de objetos de la misma índole que las rocas, los árboles o las casas. Este carácter cosificador del lenguaje tradicional y, consiguientemente, también de nuestras operaciones mentales referidas a grupos de personas interdependientes, a los que posiblemente pertenece uno mismo, se pone también y muy especialmente de manifiesto en el propio concepto de sociedad y en la manera como se reflexiona sobre ella. Se dice que la «sociedad» es el «objeto» en cuya investigación se esfuerzan los sociólogos. En realidad, este modo de expresarse contribuye —y no poco— a dificultar el acceso a la comprensión del campo de tareas de la sociología.

El modelo mental que tiene la gente a la vista cuando piensa sobre la relación entre sí misma y la «sociedad» coincide frecuentemente con la siguiente figura:



Figura 1: Esquema básico de la imagen egocéntrica de la sociedad

En el lugar de «familia», «escuela», «industria» o «Estado» pueden aparecer figuraciones como «universalidad», «ciudad», «sistema» y un sinnúmero de otras más. Sean cuales fueran, el esquema básico típico de la concepción predominante de tales agrupaciones sociales y de la experiencia propia que se expresa en ellas coincide en gran medida con la figura reproducida, que presenta a la persona individual, al «yo» individual rodeado por «figuras sociales» concebidas conceptualmente como si se tratase de objetos más allá y extraños al «yo» individual. Entre estos conceptos se cuenta también contemporáneamente el de «sociedad».

La comprensión de las tareas de la sociología, de lo que usualmente se designa como su «objeto», queda facilitada si se reorienta de acuerdo a la siguiente figura la imagen propia de lo denotado por el concepto de «sociedad» y la relación de uno mismo con la «sociedad»:

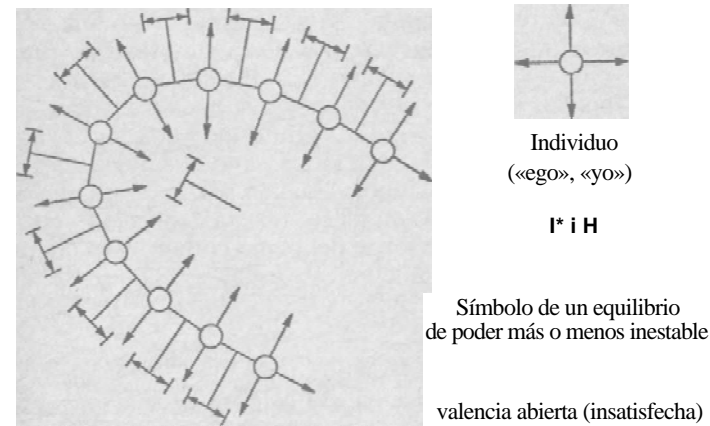


Figura 2: Una figuración de individuos interdependientes* («familia», «Estado», «Grupo», «Sociedad», etc.)

(*) En beneficio de la simplicidad sólo se reseñan aquí los tipos más elementales de alineación de las personas entre sí y de las correspondientes vinculaciones entre ellas, las valencias afectivas (véase p. 161). Otros tipos de ali-

La figura sirve para ayudar al lector a quebrar idealmente la dura fachada de conceptos cosificadores que actualmente obstruye en gran medida el acceso de las personas a una clara comprensión de su propia vida social promoviendo constantemente la impresión de que la «sociedad» está compuesta de figuras externas al «yo», al individuo singular y que éste está simultáneamente rodeado por la sociedad y separado de ella por una barrera invisible. En lugar de esta visión tradicional aparece, como se ve, la imagen de muchas personas individuales que por su alineamiento elemental, sus vinculaciones y su dependencia recíproca están ligadas unas a otras del modo más diverso y, en consecuencia, constituyen entre sí entramados de interdependencia o figuraciones con equilibrios de poder más o menos inestables del tipo más variado como, por ejemplo, familias, escuelas, ciudades, capas sociales o estados. Cada uno de estos individuos es, como se expresa en términos objetivadores, un «ego» o un «yo». Uno mismo se cuenta entre estos individuos.

Para comprender de qué trata la sociología es preciso —como se ha dicho— entenderse a sí mismo como una persona entre otras. En principio esto suena a trivialidad. Pueblos y ciudades, universidades y fábricas, estamentos y clases, familias y grupos profesionales, sociedades feudales y sociedades industriales, estados comunistas y estados capitalistas, todos son redes de individuos. Uno mismo se cuenta también entre estos individuos. Cuando se dice «*mi* pueblo, *mi* universidad, *mi* clase, *mi* país», se está expresando esto. Pero igual que hoy se asciende del plano cotidiano en el que tales expresiones son completamente usuales y comprensibles al plano de la reflexión científica, la posibilidad de hablar de

litación y de vinculación entre personas, como por ejemplo los que se basan en el desempeño ,de funciones, la especialización profesional, la integración en linajes y estados, los elementos comunes de identificación, de los ideales del yo y del nosotros, de la hostilidad frente a otros o de las tradiciones de lenguaje y pensamiento, tienen la misma función. El cometido esencial de la figura 2 consiste en facilitar la reorientación de los modelos y conceptos sociológicos, lo que se hace posible si los individuos y, no en último término, uno mismo, es decir, todas las personas que pueden referirse a sí mismas en términos de «yo» o de «nosotros», se conciben como unidades semiautónomas entre otras, no como unidades absolutamente autónomas, y si se tiene presente que los equilibrios inestables de poder (véase p. 86) y las consiguientes confrontaciones de poder se cuentan entre las peculiaridades básicas de todas las relaciones humanas, trátase de relaciones entre dos personas o de figuraciones integradas por un mayor número de personas.

todas las figuras sociales en términos de «mía», «tuya», «suya» o aun «nuestra», «vuestra» y «suya» queda fuera de consideración. Enjugar de esto, habitualmente se habla de todas estas figuras como si existiesen no sólo fuera y más allá de la propia persona que habla, sino fuera y más allá de las personas individuales en general. En este tipo de reflexión, el planteamiento del género: «aquí estoy 'yo'» o también «aquí están los individuos singulares y allá las figuras sociales, el 'entorno social', que me 'rodean' a mí mismo y a todo 'yo' individual en general» aparece como inmediatamente convincente y plausible.

Los motivos para ello son diversos; aquí nos contentaremos con indicar tan sólo en qué dirección han de buscarse. De una importancia especial, en este sentido, es la presión específica que ejercen las figuras sociales, constituidas por las personas en interacción, sobre esas mismas personas. Esta presión se explica automáticamente porque se confiere a las figuras una «existencia», una objetualidad, fuera y más allá de los individuos que las constituyen. La cosificación y deshumanización de las figuras sociales que se da en la reflexión, favorecidas por la tónica predominante de formación de las palabras y los conceptos, conduce a su vez a la peculiar «metafísica de las figuras sociales» que se usa tanto en el pensamiento cotidiano como en el sociológico y a la que pertenece, como una de sus expresiones más representativas, la representación simbolizada en la figura 1 de la relación entre «individuo y sociedad».

Esta metafísica además, tiene mucho que ver con la natural proyección de modos de pensamiento y lenguaje desarrollados y acreditados en la exploración científica de la dimensión físico-química de la naturaleza a la investigación de los contextos sociales de los individuos. Antes de que fuese posible un acceso científico a los hechos naturales, los hombres se explicaban los imperativos de la naturaleza, a los que se sentían expuestos, recurriendo a los instrumentos de lenguaje y pensamiento derivados de la experiencia de la coacción ejercida por los hombres entre sí. Hechos que nosotros interpretamos hoy como manifestaciones físico-químicas de la naturaleza —el sol y la tierra, las tempestades y los terremotos— se los representaban según el modelo de sus experiencias humano-sociales inmediatas, ya sea directamente en términos de personificación, o bien como emanación de las ac-

dones e intenciones de personas. El paso de este pensamiento mágico-metafísico al pensamiento científico acerca de los aspectos físico-químicos del mundo se basó en buena parte en el retroceso de estos modelos heterónomos e ingenuamente egocéntricos de explicación y en la transferencia de sus funciones explicativas a otros modelos de pensamiento y lenguaje más ajustados a la existencia de una legalidad immanente a estas interrelaciones de acontecimientos.

En el esfuerzo por aproximar las interrelaciones de la actuación humano-social a nuestra propia comprensión y por procurarnos un fondo cada vez mayor de saber fiable acerca de esas interrelaciones —precisamente esto se cuenta entre las tareas principales de la sociología—, nos vemos confrontados hoy con una tarea análoga de emancipación. También en estos terrenos se encuentran los hombres permanentemente expuestos a la acción de eventos coactivos y tratan de explicárselos para, con la ayuda de este saber, acceder a un mejor control del ciego curso de esas fuerzas coactivas —normalmente carentes de sentido, destructivas y causa de sufrimiento— y poder dirigir las de tal modo que su curso se cobre menos vidas, cause menos estragos y sea menos absurdo. La tarea de ampliar y hacer más fiable la comprensión de estos elementos coactivos en general y el saber acerca de ellos en cada campo específico de investigación se sitúa, por consiguiente, en el centro del trabajo teórico y de investigación de la sociología. El primer paso en este camino no es, en apariencia, especialmente difícil. No es difícil acceder a la idea de que las fuerzas coactivas sociales que tratamos de conceptualizar son coacciones que los hombres ejercen sobre sí mismos. Pero en cuanto se intenta avanzar a partir de aquí en la comunicación reflexiva se constata que el aparato social de lenguaje y pensamiento orientado al cumplimiento de estas tareas de pensamiento y comunicación sólo nos ofrece o bien modelos ingenuos y egocéntricos, esto es, de carácter mítico-mágico, o bien modelos propios de la ciencia natural. Los primeros se encuentran en todos los casos en los que las personas tratan de explicarse coacciones que se basan sobre la peculiaridad de figuraciones constituidas por ellas mismas junto con otras tan sólo a partir del carácter personal o de los objetivos e intenciones personales de otros individuos o grupos de individuos. Esta exclusión enormemente frecuente de la propia persona o del propio grupo de la explicación de fi-

guraciones constituidas por uno mismo junto con otros es una de las muchas formas de manifestación del egocentrismo ingenuo o, lo que es lo mismo, del antropomorfismo ingenuo que todavía hoy se hace perceptible por doquier en el pensamiento y en el lenguaje relativo a los procesos sociales. Además, se combinan de múltiples maneras con modos de pensamiento y expresión que se aplican a la explicación de regularidades sociales, pero cuyo modelo está constituido por modos de pensamiento y por un lenguaje coherentes con la explicación de las regularidades naturales.

En el proceso de cientifización del pensamiento acerca de lo que hoy, en tanto que interrelaciones de la naturaleza inerte, delimitamos netamente de las interrelaciones humano-sociales, se ha producido una transferencia de términos y conceptos, inicialmente acuñados en el contexto de la investigación científica de las realidades naturales físico-químicas, que se han difundido y han entrado a formar parte del léxico y del fondo conceptual cotidianos de la sociedad europea. Así, palabras y conceptos que obtuvieron su perfil actual primariamente en la investigación de esas realidades naturales, son a menudo transferidas, sin el menor reparo, a la exploración de las interrelaciones humano-sociales. Al igual que las diversas formas de manifestación del pensamiento mágico-mítico, contribuyen también lo suyo al mantenimiento de la inadecuación, reiteradamente observada, de muchos modos de pensamiento y de expresión de curso corriente para la comprensión de los problemas de las ciencias humanas y al bloqueo del desarrollo de un pensamiento y un lenguaje más ajustado a la específica peculiaridad de las figuraciones humanas.

Así, entre las tareas de la sociología se cuenta no sólo la investigación y la explicación de las regularidades específicas a que se encuentran sometidos los hombres en determinadas sociedades o grupos empíricamente observables, o en las sociedades en general, sino también librar al pensar y al hablar acerca de tales regularidades de sus ataduras a modelos heterónomos y desarrollar poco a poco, en sustitución de la terminología y conceptualización acuñadas atendiendo a representaciones mágico-míticas o bien a representaciones científico-naturales, otras que se ajusten mejor a la peculiaridad de las figuraciones sociales formadas por individuos.

Hacer esto sería más sencillo si ya actualmente se pudiese

presuponer una imagen clara de la fase correspondiente de la emancipación respecto de los viejos modos de pensamiento y expresión mágico-míticos y del desarrollo de nuevos y más apropiados instrumentos en el ascenso de las ciencias de la naturaleza. Pero no es éste el caso. Precisamente porque muchos de los conceptos básicos del conocimiento científico natural lentamente desarrollados se acreditan persistentemente como más o menos adecuados en la observación y manipulación de procesos naturales físico-químicos, aparecen a los ojos de sus herederos como algo dado. Las palabras correspondientes, los modos de pensamiento y las categorías científico-naturales, aparecen como algo tan evidente que se imagina que toda persona las posee de por sí. Representaciones como la de una causalidad puramente mecánica o la de una legalidad natural no intencional, carente de finalidades y de plan, que una larga serie de generaciones humanas han ido lenta y trabajosamente desarrollando, en una dificultosa labor intelectual y de observación y al precio de duras luchas en las que no pocas veces se ponía en juego la propia vida, a partir de representaciones y modos de pensar antropomórficos y egocéntricos, y que finalmente a partir de élites limitadas han invadido el pensamiento y el lenguaje cotidianos de colectivos sociales enteros, aparecen a los ojos de las generaciones posteriores sencillamente como las representaciones y los modos de pensar «correctos», «racionales» o «lógicos». Dado que continuamente se acreditan en una medida relativamente elevada en el observar y el actuar, ya no se cuestiona cómo y por qué ha adquirido una medida tal de adecuación el pensamiento humano en relación con este plano determinado de integración del universo.

Se deriva de aquí también el que este desarrollo social del pensamiento y la expresión acerca de las regularidades del acontecimiento natural haya sido descuidado hasta ahora en tanto que problema de la investigación sociológica. La representación filosófica estática del conocimiento científico como una forma de conocimiento «humana eterna» bloquea casi por completo la pregunta por la sociogénesis y la psicogénesis de los modos de pensamiento y representación científico-naturales, pregunta que sería la única que haría posible avanzar hacia explicaciones de esta reorientación del pensamiento y la experiencia humanos. Hoy es habitual que la cuestión sea sofocada antes de que se plantee al contraponer-

la como «meramente histórica» a la cuestión llamada «sistemática». Pero esta distinción misma es un ejemplo de la insuficiencia de los modelos propios de la ciencia natural para captar los procesos sociales a largo plazo, uno de los cuales es la cientifización del pensamiento. Estos procesos son algo muy distinto de lo que hoy se contraponen en tanto que mera «historia» de la ciencia a un «sistema científico» supuestamente inmutable, de modo análogo a como antaño se contraponía la historia natural de la investigación del sistema solar, que se suponía inmutable.

Responde este bloqueo de los problemas de los procesos sociales de desarrollo a largo plazo a la ausencia hasta hoy de una exposición representativa de la reorientación social a largo plazo del lenguaje y el pensamiento de las sociedades europeas, en cuyo centro figura el ascenso de las ciencias de la naturaleza. Una exposición así sería necesaria para conseguir una imagen más clara y más plástica de esa transformación. Si existiese sería más sencillo hacer comprender que la tarea que se impone hoy también en la sociología, en una fase nueva de la experiencia y la reflexión, en permanente acoplamiento con el caudal creciente de la investigación empírica concreta, consiste en dejar de lado muchos modelos tradicionales de pensamiento y de saber y desarrollar en su lugar, en el curso de las generaciones, otros instrumentos de lenguaje y pensamiento más adecuados a la peculiaridad de los problemas que plantean los entramados humanos.

La emancipación respecto de las representaciones heterónomas, ingenuamente egocéntricas o ligadas a la ciencia natural y de los correspondientes lenguajes y modos de pensamiento no es de ninguna manera más sencilla de lo que fue la tarea correspondiente en el caso de la ciencia de la naturaleza hace dos o tres centurias. Sus exponentes tuvieron que luchar primero y ante todo contra los modelos mágico-míticos institucionalizados de representación y pensamiento; en el presente, los exponentes de esta emancipación a que nos referimos ahora han de prevenirse también contra el uso heterónimo de los modelos, no menos sólidamente institucionalizados que son propios de la ciencia natural.